

LA EVANGELIZACIÓN EN EL HORIZONTE DEL DESIGNIO SALVÍFICO UNIVERSAL

Luis Martínez S.

En este artículo he querido ordenar algunas ideas sobre cómo y cuál debe ser la actitud de los que nos llamamos discípulos de Jesús para que nuestro testimonio del Evangelio sea hoy una Buena Noticia de Salvación. Se trata de replantearnos el sentido y el estilo de la evangelización, tomando en cuenta los nuevos acontecimientos y dinámicas que atraviesan el mundo contemporáneo, pues es allí, para estos hombres y en esta historia concreta, que el anuncio de Jesucristo Salvador debe ser buena noticia. Un objetivo subordinado de este escrito es hacer una invitación a adoptar una actitud más abierta, más universal y tolerante desde la cual confesar nuestra fe en un mundo lleno de novedades y desafíos.

A. EVANGELIZACIÓN Y SEGUIMIENTO DE CRISTO

"Vayan a las gentes de todas las naciones y háganlas mis discípulos; bauticenlas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñenles a guardar todo lo que les he mandado a ustedes. Yo estaré con ustedes todos los días y hasta el fin del mundo" (Mt 28,19).

La lectura atenta de Mateo 28, 19 sugiere una serie de pautas de gran actualidad para la evangelización en el mundo actual. En efecto, el paradigma evangelizador allí presente avanza del encuentro con "las gentes de todas las naciones" al anuncio de la presencia salvífica de Dios con ellos. En este proceso la comunidad, más que enseñar doctrinas, da testimonio con su vida de la presencia del Reino y anuncia su realización escatológica. Sigamos paso a paso el texto:

La invitación: "*Vayan a las gentes de todas las naciones y háganlas mis discípulos*" implica, necesariamente, un movimiento previo de acercamiento y simpatía con el mundo según el estilo de Jesús. Se trata de encontrarse con esas gentes, de amarlos y respetarlos, de esforzarnos por

conocer sus dificultades y sus sueños, su lenguaje y sus imaginarios culturales; conocer todo aquello que nos permita crear puentes que nos permitan comunicar nuestra experiencia creyente en sus propias categorías, de tal modo que el anuncio del Dios Trinidad sea una verdadera Buena Noticia para ellos.

En seguida, la fórmula ternaria única en los evangelios: "*Bautícenlas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*", es fundamentalmente un anuncio de la presencia salvífica de nuestro Dios a través de toda la historia de la humanidad, acompañando a cada individuo y a cada pueblo en su búsqueda de vida plena. Esta fórmula nos invita a mostrarles el verdadero rostro del Dios de los cristianos, el que se nos manifestó como un Padre misericordioso que envió a su Hijo para compartir nuestra historia y revelarnos la profundidad de su Designio de vida para nosotros, y que nos sostiene por la fuerza de su Espíritu Santificador y dador de vida desde la creación hasta la consumación de la historia.

Por su parte, la exhortación: "*enséñenles a guardar todo lo que les he mandado a ustedes*", se refiere más que a la enseñanza de un cúmulo de doctrinas morales, a dar testimonio, a enseñar en el sentido de mostrar por medio de una práctica consecuente con los dichos y actos de Jesús de Nazaret, que el Reino de Dios es de los pobres, de los que luchan y son perseguidos por causa de la justicia. Es acoger como comunidades el desafío de las bienaventuranzas, transformándonos en servidores y heraldos de la única voluntad salvífica de Dios que se despliega por todo el universo.

Esta gran tarea evangelizadora obtiene todo su dinamismo de la certeza que debe tener la comunidad cristiana de la presencia del Señor resucitado a su lado: "*Yo estaré con ustedes todos los días y hasta el fin del mundo*". Es una presencia activa, que apunta a la realización del proyecto que Dios tiene para el mundo. Desde la perspectiva escatológica de los evangelios, debe entenderse "*el fin del mundo*" como el nacimiento de la humanidad definitiva que hoy se encuentra en pleno trabajo de parto, con dolores e incertidumbres, pero con la esperanza de la vida nueva que está por nacer, y al cual los cristianos deben asistir activamente cual equipo de parto comprometido con la marcha de la historia humana hacia su plenitud (cfr Mc 13,8).

B. NOTAS SOBRE LOS TIEMPOS QUE VIVIMOS.

Ciertamente una gran novedad del Concilio Vaticano II fue su invitación a cambiar nuestra mirada y asumir con gozo la conciencia cristiana de la acción del Espíritu en el mundo acompañando la historia de todas las naciones hacia su consumación (Cfr GS 4, 11). Con ello, el Concilio abrió un camino nuevo para la evangelización, que alejándose del proselitismo, se comprende más como un aporte fraterno en la búsqueda de la comprensión de las grandes interrogantes de la humanidad. En efecto, esta toma de conciencia de la presencia del Espíritu en los acontecimientos

históricos autónomos, no necesariamente situados al interior de las fronteras visibles de la Iglesia institucional, nos obliga hoy como comunidad cristiana a escrutar en el pulso de los acontecimientos de la humanidad, la voz del Señor de la historia que nos interpela desde el avance o los obstáculos que encuentra su Designio salvador. Se trata de una lectura espiritual de la historia, que nos permite mejor comprender y adaptar la única Fe a la situación actual, pues la fidelidad al Espíritu, implica prestar atención a toda la historia humana como verdadero lugar teológico en donde Dios se nos manifiesta llevando adelante la realización de su Proyecto salvífico para todos los hombres y por caminos que sólo él conoce.

Acoger esta nueva perspectiva que nos propuso el Concilio, internalizando la radicalidad de dicha afirmación, resultará fundamental para avanzar hacia una comunidad cristiana que se autocomprenda como una Iglesia al servicio del Designio Salvífico de Dios que se despliega por todo el cosmos. Al mismo tiempo, la comunidad evangelizadora en diálogo con el mundo, abierta hacia él con optimismo, tratando de descubrir allí las huellas de esa presencia y comprometiéndose con la historia que avanza hacia su consumación, verá que se abren ante sus ojos nuevos horizontes de comunión y encuentro con aquellos que se encuentran lejos.

Por otra parte, si queremos que la evangelización como anuncio de la salvación querida y obrada por Dios a través del mundo entero desde la creación y hasta su consumación no sea “*ni atemporal ni ahistórica*”, todo acto evangelizador debe, en consecuencia, partir de una mirada previa sobre la realidad actual y su proyección hacia los años venideros. La Iglesia al evangelizar debe ser capaz de contemplar los acontecimientos históricos, especialmente de la historia de los pobres, asumiéndolos como significativos para la fe. Por lo mismo, hemos querido comenzar estas reflexiones presentando *grosso modo* dos notas que consideramos características de nuestra sociedad contemporánea y que, vistas como “signos del Espíritu en la historia” podrían ser de gran virtualidad para el despliegue de una acción evangelizadora con características nuevas de acuerdo al sentir del hombre y la mujer contemporáneos. La primera es la valoración creciente tanto del sujeto libre como de su espacio microsocioal; y la segunda, el desafío que representa la globalización con sus consecuencias paradójales, de marginación y valorización de las identidades locales.

1. Valoración del Sujeto Libre y del Espacio Microsocial

En la actualidad, asistimos al nacimiento de una nueva época, en la que se conjugan las grandes opciones macrosociales de la globalización económica con estructuras microsociales de gran libertad y creatividad. Los individuos no están más dispuestos a dejarse “enrolar” en entidades – partidos políticos, sindicatos, religiones, etc.- que coarten su libertad fundamental. Por el contrario, los hombres y mujeres de nuestra sociedad contemporánea recuperan y ejercen su protagonismo en los espacios microsociales. La vida en sociedad, con sus obligaciones de trabajo, de

consumo y de respeto a la legalidad se asume sólo como mal menor, que posibilita el acceso a espacios microsociales donde todo puede ser reinventado o reconquistado por el individuo que ya no se contenta con ser un "idiota cultural" (Coulon). El hombre de hoy no acepta ser sólo un ente pasivo, condenado a la repetición fatal de una doctrina o de un *habitus* impuesto por el grupo, tampoco acepta ser un mero realizador de proyectos ajenos. Él se siente y quiere ser protagonista de la historia que lo rodea, pues valoriza su libertad, su conciencia autónoma con sus opciones personales de sentido y de acción.

En este nuevo paradigma, la verdad, los valores, el sentido, la fe, etc., se comprenden como categorías relativas y en constante evolución. La búsqueda de la verdad, por ejemplo, se percibe hoy como una verdadera curva asintótica -como algo que sólo podrá ser alcanzado en el infinito- dejando de ser un bien pre-adquirido o preestablecido con exactitud por ninguna doctrina. Otra característica de la "verdad" contemporánea es su carácter fundamentalmente fragmentario, esto es, como fruto de diversas visiones complementarias que se unen para formar una verdad que sobrepasa a los individuos, a los grupos, a las culturas y a las religiones. En este terreno ya no hay más lugar para visiones con pretensiones monolíticas y totalitarias sobre el hombre y el mundo. En este mismo sentido, la racionalidad se comprende, hoy en día, como un modo de conocer poco a poco -por "ración"-, por lo que lo razonable ha llegado a ser sinónimo de pluralismo y tolerancia, sobre todo con la valoración de lo interdisciplinar. Es decir, la racionalidad se ha transformado en la capacidad de llegar a consensos que respeten y permitan el desarrollo de lo diverso sin aferrarse ni a moldes preconcebidos ni a visiones parciales de la realidad.

Basta con dar una mirada rápida a la sociedad actual, especialmente a los jóvenes, para descubrir allí un fenómeno creciente en medio de ella: grupos importantes optan, claramente, por forjar nuevos espacios microsociales caracterizados por una crítica y una actitud antisistémica. Son sub-grupos críticos al sistema cultural, político y económico que se impone desde la globalización y que buscan recobrar su protagonismo alienado en y por las estructuras sociales que ellos han heredado y de las cuales no se sienten ni responsables ni solidarios. Sin cerrarse al mundo de lo valórico, exigen ser convencidos sobre la pertinencia de una norma antes de acatarla. El hombre y la mujer de esta nueva época ya no aceptan la intrusión heterónoma de la ley, sino que quieren vivir lo valórico desde la autonomía personal. No se trata de una negación a toda posibilidad de exterioridad moral, sino de una nueva manera de entender la norma, sea esta social o religiosa, como fruto de una asunción personal fundada. De lo contrario, ella es sentida como arbitraria y opresiva.

Por otra parte, y para no caer en un simple dualismo nostálgico del pasado, es necesario agregar que si bien es cierto que el hombre de hoy busca la verdad y la razón primeramente a partir de sí mismo y de lo microsociales, con el riesgo subyacente de la tautología o del solipsismo, el

recurso a la alteridad -sea ésta el "otro" individuo, la "otra" cultura o el "Otro" Dios- sigue siendo relevante, sobre todo con el avance vertiginoso de los medios de comunicación y de transporte que van forjando un mundo cada vez menos aislado. Así, y casi paradójicamente, en esta misma sociedad occidental marcada fuertemente por el individualismo y las actitudes narcisistas, surgen experiencias de solidaridad organizada o de colaboración filantrópica, crece también la conciencia ecológica y las ganas de conocer y comulgar con la diferencia a niveles nacionales e internacionales.

2. La Instauración de un Mundo Globalizado y Dual

Como segunda nota, no podríamos dejar de mencionar aquella que a los ojos de la mayoría es la característica sobresaliente del mundo contemporáneo. Nos referimos, evidentemente, a la "globalización" o la irrupción en la historia contemporánea de un sistema mundial que marca el término de una etapa de la humanidad que surgió con el nacimiento de las repúblicas, y que se estructuraba sobre los estados nacionales o, posteriormente, en torno a grandes bloques ideológicos. En el último tiempo, progresivamente las sociedades, naciones y estados han perdido autonomía y *se han ido integrando en un mundo intercomunicado por el desarrollo de los medios de transporte y comunicación, en pos del intercambio de la producción, el comercio y las finanzas.* Este fenómeno mayor de nuestra época, apunta a hacer del mundo una "gran aldea", interrelacionada fundamentalmente por el sistema económico neoliberal.

Los capitales transnacionales son los verdaderos gobernantes de las naciones; sus directivas restringen todo margen de acción a los gobiernos locales, los que se ven obligados a endeudarse con ellos, y a desregularizar los mecanismos de protección de las economías locales para permitir el flujo libre del capital, aunque ello signifique desproteger a los sectores más débiles de la sociedad. Por la influencia del capital, los modos de producción han cambiado, sobre todo con la incorporación de la informática, la robótica, la genética y la competencia por la conquista de nuevos mercados, todo lo cual genera al mismo tiempo marcos de incertidumbre e inestabilidad en las economías locales. En todo caso, y a pesar de las críticas al sistema que se van imponiendo, sobretodo por su insensibilidad respecto de los pobres y marginados, la globalización aparece como un fenómeno inevitable en el que, querámoslo o no, estamos atrapados y cuyo impacto se hace creciente en todas las realidades de la vida actual.

La emergencia de esta nueva era de la humanidad puede ser vista desde aspectos positivos: mayor conciencia de los procesos mundiales, mayor participación en los eventos planetarios, mayor capacidad de organización y vinculación, una creciente conciencia de "universalidad" que nos lleva a superar sectarismos y nacionalismos etnocéntricos, etc. Sin embargo, hoy en día se hace cada vez más evidente que la nota que mejor caracteriza el fenómeno resulta ser, paradójicamente, la exclusión. La así llamada igualdad frente al mercado no es tal. Sólo algunos tienen acceso real

a él; en cambio grandes sectores de la humanidad permanecen al margen del consumo y de los progresos de la sociedad moderna.

De hecho, más que de "globalización" algunos prefieren hablar de "dualización", pues, en realidad, se está gestando una estructura mundial clara y dramáticamente "dual", donde unos pocos se enriquecen a costa de la explotación y el olvido de muchos: aumenta la miseria, el desempleo, la exclusión de muchos... mientras crecen las fortunas de los poderosos y se concentran los capitales y el poder en unos pocos. La brecha entre ricos y pobres en lugar de disminuir se acrecienta. Sólo en los últimos treinta años, la participación en el ingreso mundial del 20% más pobre de nuestro planeta se redujo de 2,3% a un 1,4% y en contrapartida, el 20% más rico aumentó sus ingresos de 70% a 85%; al extremo que en sí 1996, 358 personas supermillonarias –de las cuales cuatro son chilenas- acumulaban el 47% de la riqueza mundial, en el año 2000, sólo seis personas supermillonarias acumulaban el 57% de la riqueza mundial. Otro ejemplo, si el año 1996 en América latina 86 millones de personas (18% de la población) se encontraban en condiciones de extrema pobreza, se calcula que para el 2005 habrá 176 millones en las mismas o peores condiciones.

Dentro de esta inmensa masa de empobrecidos y marginados, no puedo dejar de mencionar al Pueblo Mapuche, que por lo demás corre la misma suerte que otras etnias originarias en el continente. Resulta significativo que las comunas más pobres del país, sean todas de fuerte presencia Mapuche, los que podrían ser considerados según el decir de Puebla como "*los más pobres entre los pobres*". La pobreza que los aflige no les es esencial como pueblo -como algunos lo piensan-, sino que es producto de la negación de su existencia como pueblo con identidad y cultura propias, y de la aplicación del sistema de economía neoliberal que promueve la globalización. De allí que hoy asistamos a un proceso de reivindicación que exige su reconocimiento como pueblo con la debida autonomía propia de su especificidad como etnia.

Esto nos da pie a recordar que la efervescencia tanto de los nacionalismos como de los integristas religiosos, en algunos casos bastante cruentos, que vemos hoy son el signo de otra de las paradojas del actual paradigma mundial: una globalización que no ha sido capaz de responder adecuadamente a la existencia de la multiplicidad de identidades culturales. En efecto, la emergencia tanto de los "nacionalismo" que han cambiado las fronteras conocidas hasta hace pocos años con la aparición de nuevos países - por ejemplo, la cesesión de los países bálticos (Lituania, Letonia y Estonia), el desmembramiento de la Yugoslavia de Tito (Croacia, Serbia, Eslovenia, Macedonia) y de la URSS (Rusia, Bielorusia, Ucrania, Georgia, Armenia, Azerbaiyan, Turkmenistán, Tadjistán, Ouzbekistán, Kasastán, etc) o las luchas tribales entre Tutsis y Hutus de Ruanda y Burundi-; como la subida creciente del fundamentalismo islámico en países como Argelia, Irán e Irak, Paquistán, Afganistán, etc., muestran un cierto fracaso del proceso de globalización o unificación planetaria. La insatisfacción de grandes sectores de

la humanidad ha llevado a la aparición de nuevos bloques diferenciados ya no por una cierta ideología económica sino por sus referentes religiosos y culturales, lo que los hace aparecer como cada vez más irreconciliables.

Estas dos paradojas, la marginación y pobreza de grandes sectores de la humanidad así como la incapacidad del actual sistema de resolver adecuadamente la relación entre cultura global e identidad y autonomía local, nos hacen percibir el actual sistema de globalización económica como un verdadero gigante con pies de barro. Para botón de muestra los acontecimientos en torno a los atentados del 11 de septiembre en New York y, en un nivel más local, la persistencia del conflicto mapuche.

C. BUENAS NOTICIAS PARA EL HOMBRE DE HOY

En consecuencia con el mandato de Jesús, preguntarse por la coherencia entre nuestras prácticas evangelizadoras con el seguimiento de Jesucristo y con el anuncio del reino como voluntad salvífica universal que se despliega por todo el cosmos, resulta de gran pertinencia y debe ser una actitud constante de cada cristiano, de cada comunidad y de la Iglesia toda. Y ello no puede ser sino estando dispuestos a acoger los nuevos desafíos y las posibilidades de la nueva época que comienza a desplegarse ante nuestros ojos. Particularmente, si queremos que el anuncio de Jesucristo sea realmente una Buena Noticia para el hombre y la mujer de hoy, la evangelización debería hoy hacer un esfuerzo por renovarse en su lenguaje y en su estilo de presentación del mensaje cristiano sobre todo tomando en cuenta que el hombre de hoy, como lo acabamos de ver, es cada vez más refractario a la prepotencia y la intolerancia, sobre todo en aquello que toca los valores y las creencias. Di igual modo, si queremos que la evangelización sea realmente acogida como un mensaje salvador, el anuncio de la liberación de los pobres seguirá siendo la nota característica de la salvación cristiana (cfr Lc 4, 18s), sobre todo en el actual proceso de dualización económica que vive la humanidad.

1. *El Nuevo Lenguaje de la Evangelización*

Como en todos los tiempos evangelizar conlleva un esfuerzo siempre necesario de diálogo entre la Fe que se quiere anunciar y la Razón o las razones del hombre contemporáneo. Este ejercicio no ha estado ajeno a la historia del cristianismo. Los Padres hicieron grandes esfuerzos por presentar la Fe a sus contemporáneos en las categorías que ellos vehiculaban, pues las reconocían capaces de Dios. Aún cuando se tenía conciencia de la precariedad e incapacidad de la razón humana por abarcar el misterio último de Dios, desde el principio encontramos en los símbolos de los grandes concilios la cooptación de conceptos filosóficos –como esencia, substancia, persona, etc.- para ayudar a los hombres de esos tiempos y culturas a alcanzar una mejor comprensión del dato revelado. La

Fe nunca fue considerada ni una "arbitrariedad" ni una "irracionalidad", sino un *logos a-logos*, es decir, una razón que escapa a nuestra racionalidad, que la transgrede, pero que no la anula ni a desecha; de allí, el empleo en los Símbolos de palabras como "inefable", "incomprensible" o "misterio" para referirse a las verdades de la fe cristiana, que aunque escapan a los límites de la simple razón, no le son repugnantes.

En los siglos posteriores, serán los maestros de la escolástica quienes harán grandes esfuerzos por anunciar la fe en las categorías de sus contemporáneos -bástenos traer a la memoria a figuras como San Anselmo, Santo Tomás, San Buenaventura, Duns Scoto y tantos otros-. En nuestros tiempos, será el Concilio Vaticano II quien propiciará un retorno al diálogo con el mundo contemporáneo y sus razones. Haciendo recurso a nuevos y más adecuados instrumentos de comprensión de la realidad como la antropología, la economía, la sociología, etc.- los discípulos del siglo XX y ahora XXI verán desplegarse ante sus ojos nuevas y originales perspectivas para la evangelización. En ella, los discípulos de aquel que vino a traer la vida en plenitud (Jn 10,10) presentan fraternalmente a los hombres el camino verdadero que conduce hacia la verdad sobre el hombre y sobre el cosmos, es decir, hacia su vida definitiva (cfr Jn 14,6). No hay, entonces, verdadera evangelización si no se produce un real encuentro entre la razón o las razones humanas y la revelación (cfr FR n.23).

Por otra parte, la fe que no es razonada no es verdaderamente humana -porque excluye arbitrariamente la facultad crítica de la inteligencia racional del ser humano- ni es verdaderamente fe, sino que se reduce a un cierto fideísmo precientífico. La fe y el creyente como tal deben exponerse al juicio crítico de la razón democrática contemporánea, de otro modo su testimonio evangelizador no superaría al proselitismo fanático de las ideologías, cargado de arbitrariedad e intolerancia. La verdad que Dios nos ha revelado sobre sí mismo y sobre el hombre, la hemos recibido en recipientes insertos en el tiempo, en la historia, en la cultura de hombres determinados. Presentarlos al hombre y la mujer del siglo XXI implica, entonces, reconocerlos necesitados de interpretación y actualización para mantener su capacidad dialogante y comunicadora. Si creemos que el evangelio responde a los intereses y búsquedas más profundas de la humanidad, y que por lo mismo es buena noticia, la traducción de su mensaje a las categorías y códigos de los nuevos imaginarios de los hombres contemporáneos, se hace una urgencia radical de la evangelización (cfr GS n.62).

En efecto, si la Iglesia mantuvo durante siglos un diálogo fluido con la razón, fundamentalmente en su expresión filosófica, como vehículo de su evangelización, hoy en día, una justa evangelización que tome en cuenta al hombre y la cultura actuales, debe abrirse a dialogar con las nuevas vertientes por donde corre el pensamiento humano. La evangelización debe ser capaz de tomar en serio los nuevos puntos de referencia que ordenan los imaginarios colectivos del mundo actual y, para ello, debe recurrir a los

aportes de los diversos saberes que la humanidad domina hoy en día: la antropología, la psicología religiosa, la lingüística, el derecho, la sociología, la historia –sólo por nombrar algunas de las ciencias sociales– y sin olvidar la inmensa gama del saber adquirido en el último tiempo por las ciencias llamadas exactas o aplicadas, o por aquellas vinculadas a la cibernética. Esto es de una importancia crucial, sobre todo si tenemos en cuenta que nuestra fe se transmite fundamentalmente a través de textos y fórmulas de carácter precientífico que resultan incomprensibles o muy difíciles de aceptar por un hombre cada vez más formado e informado.

De igual modo, el anuncio de la fe no puede hacerse más desde un concepto añejo de verdad metafísica que muy pocos comparten y comprender, sino a partir del reconocimiento del nuevo concepto de verdad presente en la sociedad actual y que va más allá de lo meramente *conceptual, como la adecuación del intelecto a la cosa. Como ya dijimos*, hoy nuestros contemporáneos, distinguen más entre aquello que “tenemos” por verdadero y aquello que “es” verdadero, en una actitud de sospecha permanente que rechaza los totalitarismos ocultos detrás de la pretensión de una pretendida “verdad absoluta”. Por ello, si el hombre contemporáneo rechaza el lenguaje doctrinal, pues ve en él una pretensión arbitraria de imposición ideológica, la evangelización debe ser cuidadosa en su manera de anunciar a Jesucristo más allá de la doctrina y del eclesiocentrismo. Anunciar el evangelio de la salvación obrada en Jesucristo no sólo es un *derecho sino un deber de la Iglesia, sin embargo, dicho anuncio debe ser lanzado como una palabra fraterna y solidaria con el hombre de hoy. Palabra convencida y convincente, que se ofrece a la razón humana como una posibilidad de respuesta a la búsqueda de sentido y de plenitud.*

No se trata, entonces, de renunciar a la fe sino de cambiar la manera y el lenguaje del mensaje. En efecto, la fe tiene algo irrenunciable que decir al hombre pero sin por ello sentirse autorizada a quitarle la palabra a los demás discursos. La fe debe mostrar al hombre el horizonte que se abre para él cuando es contemplado desde Dios y que, por lo mismo, el hombre corre un riesgo mayor encerrándose en sus intereses narcisitas o egocéntricos, que redundan en voluntad ciega de poder, de lucro o de triunfalismo. Sin embargo, para que esa palabra sea escuchada debe levantarse como una palabra fraterna, dialógante, solidaria con el futuro del hombre, de todos los hombres y especialmente de aquellos que son marginados u oprimidos. Presentar nuestra fe en este estilo más cercano a las inquietudes y formas de los hombres y mujeres de hoy nos permitirá dar un testimonio más claro del verdadero rostro filantrópico de Dios y de su proyecto de vida en plenitud para el mundo. Al mismo tiempo, un paradigma evangelizador como éste nos ayudará a dejar atrás la tentación, siempre presente, de manipular o poseer a Dios, especialmente cuando se idolatran las doctrinas y se confunde la mediación con la Realidad que se quiere enunciar y anunciar.

Otro aspecto fundamental en la búsqueda de un nuevo lenguaje que nos permita hacer del cristianismo un verdadero anuncio de salvación para el hombre de hoy, sobre todo cuando vemos brotar por doquier las reivindicaciones de autonomía e identidad cultural, es avanzar hacia una real inculturación de la fe en los límites propios de cada cultura. Salir al encuentro del rostro pluricultural de la humanidad, implicará para la Iglesia una verdadera encarnación de la Iglesia en la pluralidad multicolor con que el Espíritu de Dios nos ha bendecido. Una Iglesia que asuma una praxis de inculturación, en consecuencia con la ley de la encarnación y de la acción del Espíritu Santo en medio de los diversos universos culturales, debe avanzar, sin perder su identidad, hacia un nuevo rostro de su organización institucional marcada por la diversidad.

Si la Iglesia no hace este esfuerzo serio por llevar a cabo este “éxodo” que implique para ella despojarse y morir a ciertos cánones, símbolos y prácticas monoculturales europeas, estará renunciando a encarnarse verdaderamente en una real dimensión católica, concretizada en iglesias particulares, ancladas profundamente en sus categorías culturales locales, según el modelo de la propia encarnación del Hijo de Dios y con la misma valentía que tuvieron los primeros cristianos que salieron al encuentro gozoso de “*las gentes de todas las naciones*”. La vocación de universalidad de la comunidad cristiana no será una realidad salvífica para todos los hombres y todos los pueblos, mientras no realice esta encarnación verdadera en los diversos universos culturales en que esos hombres están inmersos.

En todos estos puntos, me parece que la contribución del ministerio teológico a este nuevo paradigma evangelizador que se quiere más dialogal y convincente, es de una importancia crucial. El teólogo como hombre de fe que reconocen la existencia de Dios y su manifestación a los hombres para su salvación, puede y debe contribuir en primer lugar a liberar a Dios mismo de los discursos doctrinales sobre Dios que pretenden domesticarlo; y puede, por otra parte, contribuir a liberar a la comunidad de sus falsas comprensiones de Dios y del hombre. Desde la exigencia de la comunidad de anunciar a sus contemporáneos el designio salvífico universal de Dios, el ministerio del teólogo no es otro que el de acompañar a la comunidad tanto en su búsqueda de fidelidad al seguimiento de Cristo como en su empeño por llevar a los hombres a una comprensión cada vez mayor de ese misterio insondable de amor filantrópico.

2. *Evangelizar desde una Renovada Opción por los Pobres*

Es un hecho que la sociedad global que se va construyendo, resulta ser más bien una sociedad “dual” que ampara un proceso de marginación radical de al menos un quinto de la humanidad, las que hoy en el mundo sufren la exclusión y mueren sin siquiera llegar a ser noticia en los Medios de Comunicación Social. No se trata de cifras sino de personas con rostros concretos: ancianos, adultos, jóvenes y niños, golpeados por la falta de los mínimos necesarios para vivir dignamente (DP 31-40). Hombres y mujeres

sufrientes, víctimas de la injusticia de un sistema que los explota o, en el peor de los casos, los margina y los olvida No son cifras, sino hermanos nuestros que claman al cielo por su liberación (DM, Justicia, 1), y cuya presencia debería golpear nuestra conciencia, indignarnos éticamente y movernos "a aceptar y asumir la causa de los pobres... como si fuera la causa misma de Cristo" (cfr DP, Mensaje, 3).

Desgraciadamente, la pobreza sigue siendo una cuestión estructural que por lo mismo requiere para su solución un proyecto de sociedad alternativo al actual sistema global de libre mercado, claramente injusto y excluyente. Por ello, anunciar hoy en día la salvación de Jesucristo debe hacerse desde el horizonte de la liberación de los pobres. Frente a la indiferencia sobre la suerte de los pobres, la evangelización no puede perder de vista la solidaridad. Según el Concilio, el camino que conduce a la justicia en el mundo pasa por un cambio de horizonte ético, en donde el individualismo queda superado por la solidaridad (cfr GS n.30). En este sentido, anunciar hoy la salvación, puede y debe ser traducido por anunciar la igual dignidad que todo hombre posee y cuya defensa se impone a la sociedad como una obligación de justicia. El compromiso solidario no debe entenderse como una mera y fácil acción asistencialista, sino que nos abre al compromiso político que tiende a la creación de estructuras sociales que reflejen las relaciones sociales de participación y comunión. En consecuencia, el compromiso social de los cristianos, así como de todos los hombres de buena voluntad, debe tener como horizonte el que las estructuras sociales, especialmente las económicas, estén al servicio de esa dignidad que todo hombre y mujer posee de modo inalienable (cfr GS n.29).

Hoy en día, en un mundo marcado por la idolatría de la propiedad privada y del lucro, anunciar el Evangelio debe hacerse desde la conciencia, tradicional en la doctrina social, de la propiedad común de los bienes pues, mientras no existan canales adecuados que permitan y obliguen a la redistribución de la riqueza será muy difícil la superación de esta injusticia radical de nuestra sociedad contemporánea. La Propiedad Común de los bienes es propiamente de origen divino y, por lo tanto, anterior a la propiedad privada que es de origen social, y cuya finalidad no es otra que velar por que se cumpla el orden querido por Dios, es decir, que todos tengan lo que necesitan para alcanzar su desarrollo pleno como seres humanos(cfr ST, II-II, q.66). La propiedad de los bienes es un derecho natural de todo ser que llega a este mundo. Su privación es injusticia y pecado. O sea, la propiedad privada sólo puede ser aceptada en cuanto contribuye a que todos accedan a los bienes necesarios para desarrollarse humanamente (cfr GS 69). En consecuencia, cuando asistimos al espectáculo grotesco de la acumulación del capital en muy pocas manos, la evangelización no puede renunciar a su compromiso con liberación de los pobres.

Me parece, para concluir este punto, que la Iglesia en su rol evangelizador debe ser capaz de generar un movimiento formativo en vistas

a la acción política práctica de los que nos llamamos cristianos, sin excluir, por supuesto, a todos aquellos hombres y mujeres que comparten con nosotros los mismos anhelos de justicia y solidaridad. Se trata de asumir una práctica formativa y efectiva en favor de los pobres teniendo como horizonte la utopía del Reino, es decir, el deseo de Dios de ver a todo hombre y a toda mujer viviendo en plenitud. Se trata de generar desde la base una práctica participativa y solidaria que tenga a los pobres como protagonistas, como sujetos y no como objetos, de tal modo que se evite toda forma de paternalismo ya sea económico (de los "tecnócratas") o político (de las llamadas "vanguardias conductoras"), así como la manipulación ideológica o religiosa de los pobres.

Un proceso formativo al interior de las comunidades cristianas que lleve a superar el inmovilismo o la indiferencia de muchos cristianos por la cosa política así como la superación de las soluciones de corte meramente asistencialista, para concentrarse en la búsqueda de una verdadera "caridad política" o "santidad política" que no pierda de vista el horizonte estructural de la situación actual y que, por lo mismo, debería apuntar a la generación de comunidades cristianas adultas, comprometidas proféticamente con la superación de la pobreza y la marginación en vistas a la realización aquí y ahora del reino de Dios, que es vida en abundancia para todos.

3. Evangelización y Valorización de las Otras Experiencias Religiosas

Gracias a la globalización de la información que se da por el amplio acceso a los medios de comunicación, es muy difícil para cualquier adepto de una religión, incluida la Católica, ignorar las otras manifestaciones religiosas presentes en el mundo o arrogarse, sin más, un *status* de mediación única y necesaria para la salvación universal. Los oídos contemporáneos no están dispuestos a soportar una tal pretensión. Por lo mismo la evangelización correría un gran riesgo si nuestro anuncio de la salvación universal se confundiera con la pretensión "arbitraria" de una religión por imponerse como único camino para toda la humanidad. En este sentido aboga la Declaración Sobre la Libertad Religiosa del Concilio cuando rechaza toda forma de coacción sobre las conciencias de los hombres (nn.1.2.4) e incluso, opta por evitar la identificación de la "única religión", es decir, la única voluntad salvífica universal de Dios, con la "Iglesia católica y apostólica". Ciertamente aquella "subsiste" en ésta, pero no se les identifica, lo cual habría equivalido a la utilización del verbo "ser", que los padres conciliares excluyeron deliberadamente (DH n.1; cfr LG n.8.16; UR n.4; NA n.1).

Como lo demuestra la historia de las religiones, la apuesta creyente sobre la existencia de Dios no implica necesariamente una confesión única de Dios. Muy por el contrario, por una dinámica propia de la pluralidad cultural, la confesión de Dios conlleva una inmensa gama de nombres de Dios, todos con más o menos pretensión de universalidad, pero sin que uno

de ellos logre agotar el discurso sobre Dios. Por lo mismo, la evangelización católica debe evitar el riesgo del solipsismo encerrándose, de modo autorreferente, al diálogo interreligioso y rechazando *a priori* la posibilidad de enriquecerse con las diversas perspectivas sobre Dios y sobre el hombre que cada pueblo ha ido decantando a través de su historia. La búsqueda de Dios es una aventura que hacemos como humanidad entera, en donde hombres y mujeres santos nos ayudan, desde sus capacidades personales y culturales, a encontrarnos con esa experiencia fontal que se nos transparenta cotidianamente, pero a cuya manifestación y cercanía no siempre somos suficientemente sensibles.

“El agua, al caer en un vaso vacío, gargarea; mas, si el vaso esta lleno, no se oye ruido alguno. De igual manera, el hombre que no haya descubierto a Dios está siempre discutiendo inútilmente sobre su esencia y su existencia, mientras que el que lo haya experimentado goza en silencio de la felicidad divina... Lo mismo que la sustancia única agua es llamada con diferentes nombres por los distintos pueblos –unos la llaman ‘water’; otros, ‘vari’; éstos, ‘acqua’; aquéllos, ‘pani’- así al único Saccidananda le invocan unos como Dios, otros como Allah, aquéllos como Hari, éstos como Brahman... Las diferentes religiones no son más que caminos diversos para alcanzar al único Dios. Diferentes son las vías que llevan al templo de la Madre Kali de Kalighat, en Calcuta. Así también son diversas las vías que encaminan al hombre a la casa del Señor. Toda religión no es nada más que una de esas vías... A causa de su ignorancia, la gente corriente piensa que su religión es la mejor de todas, y por eso hace inútilmente tanto ruido. En cambio, cuando su mente esté iluminada por la sabiduría verdadera, toda lucha sectaria cesará”¹

En acuerdo con la hermosa expresión de este místico, Dios existe independientemente de los nombres que se le den, pues él no depende de las fórmulas, que no son otra cosa que construcciones intelectuales humanas, de modo que la verdad total sobre Dios nunca la poseeremos pues, por definición, Dios sobrepasa todas nuestras expectativas. Si los hombres hemos hecho “doctrinas” sobre Dios, él pre-existe y está más allá de ellas. Las fórmulas y doctrinas permanecen sólo como andamiajes, más o menos apropiados, para acercarnos a él. Hasta podríamos decir que el equivoco sobre Dios cruza todas las religiones, pues ninguna de ellas es capaz de aprehenderlo en su totalidad, sin por ello negarles sus aciertos y sus intentos por conocerlo y amarlo.

Esto nos libera del totalitarismo fanático que suele impregnar a ciertos representantes de las religiones, y nos impulsa al reconocimiento del otro

¹ Ramakrishna, citado en: D. ACHARUPARAMBIL, *Espiritualidad Hinduista*, BAC, Madrid 1982, p. 233s.

como un compañero en el camino que hace toda la humanidad hacia Dios. Profundizando según el espíritu de la Declaración *Nostra Aetate* del Vaticano II (cfr n.2) no podemos descalificar sin más ninguna religión, ni tampoco sentir que sólo a nosotros, católicos, se nos ha revelado Dios. No se postula aquí un relativismo religioso, "toda religión da lo mismo", sino la necesidad de dialogar con los demás en busca de categorías que nos proporcionen una cada vez mayor comprensión del misterio de Dios, basada en la firme convicción que ese Dios "*no es sólo Padre de los cristianos sino de todos por la creación*" (Orígenes) y que, por lo mismo, se manifiesta a sus hijos por caminos que sólo él conoce, pero que en ningún caso los priva de su amor y de su cercanía.

Existen algunas constantes que nos permiten pesar la pertinencia de las imágenes de Dios y de las prácticas religiosas subsecuentes que se vehicularon en las diversas religiones. Una de ellas, y fundamental, es que Dios no es un "rival" del hombre y que, por lo mismo, su acción en el mundo apunta a la vida en plenitud de sus hijos. En consecuencia, sólo será verdadera una religión que pase por el "amor al prójimo" como vehículo del encuentro y de la manifestación de la divinidad, pues, sólo esa actitud puede ser sacramento real, universal y transcultural de Dios. La fraternidad universal que propugnan las religiones es una realidad que va mucho más allá de un solo anhelo de sociedad, es la manifestación definitiva, escatológica, de la existencia de Dios Trinidad y de la realización de su Único Designio salvífico para la humanidad entera².

Esta referencia esencial, que no es patrimonio sólo de los que nos confesamos cristianos, será siempre el norte de discriminación que oriente todo diálogo entre las religiones y de cada religión consigo misma, pues, el riesgo de desvirtuarse está siempre presente. Cualquier religión que apunte a la muerte y no a la vida, se equivoca tanto en su experiencia de Dios como en el Dios que dice servir. Aquí se encuentra la importancia de una necesaria y constante crítica de nuestras imágenes de Dios que confesamos; pues, de alguna manera, todos cuando decimos Dios damos un contenido semántico a esa palabra que brota de nuestras propias experiencias, gratas o ingratas, que, querámoslo o no, siempre nos condicionan. Muchas veces, el Dios que adoramos o rechazamos son nuestros propios fantasmas y no el Dios verdadero que se nos reveló como un posibilitador de nuestros deseos más hermosos.

Pero digamos algo más. Si hasta aquí afirmamos que todos estos caminos conducen al encuentro con Dios, también queremos afirmar que en el cristianismo se alcanzan dimensiones sorprendentes para la comprensión humana. En efecto, en el cristianismo, este encuentro se realiza en la humanización misma de Dios, más aun, en el anonadamiento extremo de un

² En esta perspectiva, los encuentros interreligiosos que el Papa Juan Pablo II ha convocado en la Porciúncula, adquieren una dimensión profética y sacramental impresionante, que abre horizontes, hasta hace un tiempo, imposibles de imaginar.

Dios hecho hombre pobre, marginal y crucificado. Ya no se habla de Dios, sino que Dios habla con nosotros en nuestra propia historia y condición. Si bien esta idea de encarnación no es nueva en la historia de las religiones -en la tradición *bhakti* del Hinduísmo, por ejemplo, se postulan múltiples encarnaciones (*avatara*) de la divinidad, incluso algunas en realidades sub-humanas, con una finalidad salvífica³-, en el cristianismo dicha encarnación deja de ser una simple manifestación de la divinidad para convertirse en el anuncio capital del anonadamiento de Dios mismo, que se hace semejante a nosotros con la asunción en sentido pleno de nuestra naturaleza. Esto que resulta, por decir lo menos, transgresor de nuestras categorías, se encuentra en el centro de la fe cristiana: el Dios hecho hombre y hombre crucificado, “escándalo para los judíos y necedad para los gentiles” (1Cor 1,23).

Por lo mismo y en cierto modo, los cristianos podemos decir que no creemos “en Dios”, en el sentido de la creencia en un “ser” divino sin rostro, sino “en el Dios que se nos manifestó en Jesucristo”, es decir, en un Dios con figura humana, manifestado él mismo para nuestra salvación; y no sólo en una proyección intelectual pertinente al momento de otorgar un sentido al Cosmos y al ser humano pero, en el extremo, no más que una posible creación de nuestro intelecto y hasta de nuestros temores. De allí, la importancia de acercarnos al testimonio que nos ha llegado a través de las Escrituras, con la debida honestidad intelectual, que nos permita acceder lo más justamente posible a dicha realidad fontal, genial y sorprendente.

D. COMO LOS DISCÍPULOS DE EMAÚS, HACER CAER NUESTRAS VENDAS

Como anunciábamos al introducir este escrito, un segundo objetivo que pretendemos con estas reflexiones es hacer una invitación a adoptar una actitud más abierta, más universal y tolerante desde la cual confesar nuestra fe en un mundo lleno de novedades y desafíos. Se trata de alentar a las comunidades cristianas a evangelizar desde su coherencia práctica con el Evangelio que anunciamos, esto es evangelizar desde el testimonio o desde la *ortopraxis* cristiana.

Nos pareció interesante, por la genialidad del relato, iluminar esta nueva dinámica evangelizadora desde la lectura atenta de Lc 24, 13-35, que es un texto muy conocido pero no suficientemente profundizado en su significado para la práctica cristiana. En efecto, el relato de los discípulos de Emaús nos sitúa en el horizonte del discipulado, con todo lo que ello tiene de crisis y de renuncia a nuestras propias esperanzas nacionalistas o narcisitas que pueden impregnar la vida de la comunidad e impedirnos reconocer a

³ Cfr D. ACHARUPARAMBILI, *Op.cit.*, p.29.

Jesús y acoger con gozo el Designio Salvífico universal que se nos manifestó en su aparente fracaso.

1. Lectura del Relato

Primero que nada, recordemos que en el evangelio de Lucas todos los acontecimientos que rodean la resurrección de Jesús y su ascensión tiene lugar en un solo domingo, "el primer día de la semana" (24,1). Incluso en él, contrariamente a lo que se indica en Hch 1, 3, no hay ningún indicio que el resucitado se hubiese aparecido a los discípulos durante un período de cuarenta días. Por otra parte, en clara discordancia con Mateo que coloca la aparición de Jesús a sus discípulos en Galilea (28,7.16-20), Lucas sitúa en Jerusalén y sus alrededores todos estos acontecimientos: Emaús y Betania (24,50) o el monte de los Olivos (Hch 1, 12) para la ascensión. Esto no es casual, sino que obedece a la intención deliberada del autor de traer a la mente del lector el primer día de la creación; es decir, de darnos una clave de lectura para los acontecimientos que se nos narran. En este caso: que con la resurrección comienza una nueva creación que es definitiva y que alcanza a todo hombre. La muerte ha sido vencida y se ha hecho realidad el Designio Creador de Dios.

El evangelista estructura el episodio en torno a cuatro escenas claramente distinguibles, a través de las cuales accedemos a la profunda crisis que vivieron los discípulos de Jesús. Ellos, que habían puesto sus expectativas mesiánicas en Jesús, no han sido capaces de ver en su muerte "la gloria del Mesías" porque no estaban dispuestos a renunciar a sus esperanzas nacionalistas. Una vez superada su ideología reconocen al Resucitado y se convierten en heraldos de la Voluntad Salvífica de Dios que se ha manifestado en el triunfo de Jesús sobre la muerte.

a) Vv.13-24: los discípulos interpretan los acontecimientos desde sus categorías nacionalistas: "la gloria de Israel"

Los dos discípulos pertenecen al círculo descrito en 24, 9.11, que no están dispuestos a aceptar el testimonio de las mujeres (23, 55-24,11. 22-24).

Se dirigen a Emaús, una aldea fortificada a 30 km al noroeste de Jerusalén, en la que aun permanece vivo el recuerdo del triunfo obtenido 160 años antes por Judas Macabeo sobre los enemigos de Israel, que murieron en número de tres mil (1Mac 4, 1-26) y que fundamenta la esperanza del triunfo futuro del Mesías. Así, esta referencia geográfica del evangelista resulta muy clarificadora sobre la identidad de los protagonistas: son discípulos imbuidos de las esperanzas mesiánicas nacionalistas judías - por ello se dirigen a Emaus la ciudad del triunfo sobre los enemigos de Israel-.

El que salgan de Jerusalén no indica en ellos, como sí lo es en los demás evangelios, una ruptura o un proceso de distanciamiento de

Jerusalén, centro del nacionalismo Judío –recordemos que allí están el Templo y el Sanedrín– y, por lo mismo, de su influencia, sino que permanecen en su órbita (el sentido de la palabra “aldea”, como veremos más adelante). El tema de conversación son los acontecimientos en torno a la muerte/fracaso de Jesús (14).

Jesús en persona se acerca y se pone a caminar con ellos (15), pero no lo reconocen pues sus ojos están incapacitados para ello, pues algo les impide ver, están como vendados (16). El tema de la “ceguera” es recurrente en Lucas (cfr 8,10; 9,45; 19,42; 18, 35-38: este último episodio es de gran virtualidad pues el ciego lo proclama “*Hijo de David*” que es el título que expresa la esperanza nacionalista judía de un Mesías que daría el triunfo a Israel sobre sus enemigos llevándola a la gloria). En efecto, sus ojos están como ciegos para reconocer el triunfo de Jesús, para ellos él está total y definitivamente muerto: “ya van tres días de su muerte” (21b)

Cuando Jesús les pregunta de qué están hablando, se detienen entristecidos: su relato confirma su pena por la muerte de Jesús, pero sobre todo por la frustración de su esperanza mesiánica que habían depositado en él (17). Cleofás, uno de los discípulos que sólo por esta vez aparece en los evangelios, toma la palabra y narra el motivo de su tristeza (18). Aun siendo discípulos cercanos tienen la misma percepción del pueblo (7,16; 9,8.19): para ellos Jesús era sólo un profeta (19). Son incapaces de comprender el triunfo de Jesús y de reconocerlo como el Mesías porque siguen bajo la influencia de las instituciones judías: “*nuestros jefes*” (20).

Como se dijo, esperaban que Jesús fuera el Mesías liberador de Israel (21), al estilo de la esperanza mesiánica nacionalista (cfr 1,68s). No están dispuestos a reconocer a Jesús como Mesías universal (2,30-32), muerto y crucificado (cfr 9,22.44S; 18,32-34). Esperaban que él los condujera al triunfo sobre los enemigos de Israel, y ni siquiera los indicios de su resurrección –el testimonio de las mujeres y el sepulcro vacío– los hace cambiar de actitud.

b) Vv. 25-27: Jesús interpreta su mesianismo desde el proyecto de Dios: “la gloria del Mesías”

El reproche de Jesús a su torpeza y a su lentitud para creer (25), apunta a su incapacidad de caer en la cuenta que la “gloria” del Mesías, su verificación como tal, está precisamente en el ser rechazado por la sociedad injusta y sus representantes (20).

Es en esta ruptura del Mesías con las instituciones injustas de Israel, que se manifiesta la acción liberadora de Jesús. Él pone en marcha el nuevo éxodo del pueblo hacia la vida definitiva. Israel ha llegado a ser la verdadera tierra de esclavitud y muerte, de la que el Mesías nos llama a salir, hacia la solidaridad universal y el verdadero triunfo de la vida sobre la muerte, esa es su “*gloria*”: hacer realidad el *designio creador de su Padre* (26). Tal era la promesa contenida en el Antiguo testamento (27).

Sin embargo, los discípulos continúan aferrados a las esperanzas nacionalistas judías. No han logrado darse cuenta que la teología oficial del triunfo nacionalista del Mesías era falsa (cfr 19.30; 20. 41-44), porque falseaba a Dios y su proyecto para la humanidad.

c) Vv.28-32: los discípulos pasan de la incomprensión/ceguera a la comprensión/visión. Reconocen/ven al Señor

En una actitud distinta a la de los discípulos cuya meta es Emaús, Jesús continúa su camino (28), sólo la invitación de los discípulos lo detiene. Son "ellos" la razón de estancia en la "aldea" no su adhesión a la ideología nacionalista judía de los discípulos. Recordemos que la "aldea" hace referencia a una ciudad bajo la órbita de influencia de Jerusalén, por lo cual, el gesto de Jesús deja en claro a los discípulos su ruptura con la ideología de las instituciones judías (29).

Con el gesto de la fracción del pan (30), que no está primeramente en relación directa con la eucaristía (22,19) sino con el episodio de los panes (9,12-17: bendición del pan, no acción de gracias), Jesús les vuelve a dar la señal que los llevó en otro momento a su reconocimiento como Mesías (9,18-20). Jesús les enseña así que la entrega y el don de sí mismo, significados en el pan compartido, son el signo de su mesianismo. Sólo entonces se abren sus ojos (cfr Is 35,5: metáfora de liberación) pues era la doctrina mesiánica que habían internalizado por su formación judía, el obstáculo que les impedía ver/reconocer al verdadero Mesías (31a).

Acto seguido Jesús desaparece a sus ojos, su presencia ya no pasa por la verificación de los sentidos, como lo era antes, sino que ella está oculta pero cierta (31b). Los Hechos de los Apóstoles dirán que "una nube le ocultó a sus ojos" (1,9), es decir, desde su resurrección Jesús, el nuevo y definitivo Mesías, estará acompañando a sus discípulos de igual modo que Yahvéh lo hizo con Israel en el desierto (Ex 13,21-22).

Luego de un proceso de tensión interior ("*estabamos en ascuas*" o "*nuestro corazón ardía*", 32), es decir, luego de un proceso doloroso y trabajoso de ruptura con sus antiguas esperanzas mesiánicas, los discípulos por fin se han liberado de su ceguera y están preparados para emprender el camino del verdadero éxodo.

d) Vv. 33-35: Regreso a Jerusalén y reencuentro con la comunidad creyente.

Se levantan (33), es decir, se realiza en ellos la obra del Mesías, recuperan su libertad y su capacidad de actuar, alcanzando la vida plena. Aquí es de gran significado el verbo *levantarse* presente reiteradas veces a través de todo el evangelio en los más diversos episodios: el de la suegra de Pedro (4,39), del parálitico (5,23-25), del hombre de la mano seca (6,8), del hijo de la viuda de Naim (7,14), de la hija de Jairo (8,54), del leproso (17,19). Significativamente, Jesús es acusado de "*soliviantar al pueblo*" (23,5), y él

mismo “se levanta” de la muerte al tercer día (24, 7). La misma expresión aparece repetidas veces en el Libro de los Hechos (3.6; 8.26; 9.11. 34. 40; 12.7; 14.10).

El resultado de su acción de levantarse es el reencuentro con los once y los demás discípulos testimoniando el “triumfo del Justo”. Les confirman que Simón –no Pedro, que es el apodo que Jesús le había dado por su obstinación (cfr 22.62: el llanto de Pedro)- vió también al Señor resucitado (34). Hecho que, por lo demás, no está consignado en ninguna otra parte del evangelio. En el v. 35, se repite la idea que reconocieron a Jesús en la “fracción del pan”, es decir, en su entrega que ahora debe ser continuada por los discípulos y cuyo memorial permanente será la eucaristía.

2. **Actualización: Preguntas para la praxis contemporánea de la Iglesia⁴**

De la lectura global que acabamos de hacer del texto de Lucas se abren una serie de preguntas para un proceso de reflexión sobre el estado actual y las perspectivas que podemos esperar de la evangelización. En efecto, el texto va de un modo muy pedagógico llevándonos a una actitud de autocrítica y señalándonos ciertos hitos para una adecuación de la vida eclesial en correcta correspondencia con la fe que queremos anunciar a nuestros hermanos. Hagamos algo de ese ejercicio:

v.13. “*iban dos de ellos a un pueblo llamado Emaús*”: ¿Cuál es nuestra meta? ¿Hacia dónde vamos? ¿Es la meta que el Señor quiere, o es la de nuestros intereses egoístas o meramente institucionales?

v.14. “*conversaban entre si sobre lo que había pasado*”: ¿Cuáles son los acontecimientos que marcan el mundo de hoy? ¿Nuestras comunidades están abiertas a los signos de los tiempos? ¿Somos capaces de ver lo bueno que hay en el mundo?

⁴ En la XIV Asamblea General de la Conferencia Latinoamericana de Religiosos (CLAR), de junio del año 2000, se propuso a la Vida Religiosa del continente entrar en un periodo de “refundación” de la misma bajo el lema: “Por el camino de Emaús”. Con ello se pretende en medio del momento actual que vive el continente y en un lapso de tres años, jalonado en tres etapas: año 2001, “La memoria desde el presente”; año 2002: “Los desafíos del contexto latinoamericano”; y, año 2003: “Proyecciones y perspectivas de refundación”. profundizar las cinco líneas inspiradoras de la CLAR, es decir: “*la renovada opción por los pobres, la opción por los jóvenes, la mujer y lo femenino, la espiritualidad encarnada, inculturada y liberadora y la nueva eclesialidad*”. El objetivo de entrar en este *kairos* es, en definitiva, “*impulsar una vida religiosa que viva en fidelidad creativa su respuesta hoy a esta sociedad que crea cada día más excluidos y se convierte en una sociedad deshumanizadora, sin consideración a los derechos humanos y de la creación*”. En este marco, se me pidió una jornada de formación para la CONFERRÉ de la IX Región, la que da origen a esta parte del artículo.

v.16 "sus ojos estaban obstaculizados para reconocerlo": ¿Qué nos impide reconocer hoy a Jesús? ¿Cuál es nuestra imagen mesiánica de Jesús? ¿Cuáles son nuestros intereses, son los del Señor?

v.20. "le condenaron a muerte y lo crucificaron": ¿Estamos dispuestos a jugarnos por entero por el Reino? ¿Estamos dispuestos a perder el prestigio, el poder, la vida? ¿Estamos dispuestos a ser rechazados por las autoridades eclesíásticas y sociales?

v.21a. "nosotros esperábamos que él glorificaría a Israel": ¿Cuáles son hoy nuestras preocupaciones? ¿Cuáles son los temas de nuestra evangelización? ¿Cuáles son nuestras esperanzas? ¿Son evangélicas, es decir, son una buena noticia para los pobres y marginados? ¿Están en relación con el proyecto filantrópico de Dios?

v.21b. "llevamos ya tres días desde que esto pasó": ¿Cuáles son nuestras tristezas, nuestras frustraciones? ¿Son narcisistas o evangélicas?

v.27a. "continuando por los profetas": ¿Cómo los profetas hemos escudriñado los tiempos buscando la voluntad de Dios? ¿Hemos escuchado a los profetas, los de ayer y de hoy? ¿Es nuestra vida verdaderamente profética?

v.27b. "les explicó las Escrituras": ¿Conocemos las Escrituras? ¿Nos hemos renovado en nuestra formación teológica o tenemos una fe ingenua e infantil? ¿Estamos al tanto de los nuevos conocimientos y su aporte a una espiritualidad más evangélica?

v.29. "quedate con nosotros...": ¿Nuestras comunidades son fortalezas o lugar de acogida y encuentro fraterno? ¿Nuestra vida cotidiana, nuestra mesa está abierta al peregrino? ¿Nuestras comunidades son ecuménicas y macro-ecuménicas?

v.30. "tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se los iba dando": ¿En qué hemos fundado nuestra espiritualidad en estos años? ¿Partir el pan sigue siendo significativo para nosotros?

v.32. "no estaba ardiendo nuestro corazón": ¿Qué cambios estamos dispuestos a asumir? ¿Seremos capaces de renunciar a lo accesorio para quedarnos con lo que es verdaderamente fundamental? ¿Nuestras instituciones están dispuestas para servir y acoger a los pobres?

v.33. "y levantándose al momento": ¿Estamos dispuestos a hacer del Proyecto de Dios nuestro proyecto? ¿Somos capaces de dar testimonio de la vida entregándonos como Jesús? ¿Tenemos aun ganas de vivir el Evangelio?

CONCLUSIÓN

La evangelización en el momento actual que vive la humanidad y en el momento que vive nuestra propia Iglesia requiere refundarse en el seguimiento de Jesús desde una espiritualidad capaz de distinguir entre nuestros deseos personales e institucionales y el deseo de Dios para el mundo. Una espiritualidad de más Evangelio y menos narcisismo tanto personal como institucional. Una evangelización fundada en una espiritualidad del discipulado atento al Designio de Dios y cuyo "culto" sea el testimonio de una solidaridad organizada al servicio del Reino, comprometida con la justicia, especialmente a favor de los pobres y en una acción profética de denuncia de las estructuras sociales y eclesiales cuando ellas no son coherentes con la proclamación del Evangelio de la vida en plenitud (cfr Jn 10,10).

Esto es crecer hacia una espiritualidad que nos aleje de la tentación "nacionalista", la misma que llevó a las autoridades judías a no reconocer a Jesús como el Mesías de Dios, e impida a la Iglesia erigirse como centro de la historia de salvación y en punto de referencia único para el encuentro con Dios. Si no somos capaces de vencer esta tentación narcisista, la Iglesia se verá cada vez más incomunicada con el mundo y, en particular, con el mundo de los pobres, de la mujer, de los jóvenes, de los obreros, de los pueblos indígenas, etc. Incapaz de aprehender y reconocer allí la presencia del Reino, que crece por la fuerza del Espíritu aun antes de la llegada del misionero. Se trata de invertir nuestra mirada para creer que en el mundo, en medio de sus complejos procesos, se va haciendo realidad, poco a poco, el futuro escatológico de toda la humanidad. Debemos ser capaces de reconocer la bondad presente en los demás, más allá de las fronteras de nuestras comunidades, de nuestros sacramentos, para ver que no estamos solos en este empeño por ayudar al parto de un mundo nuevo (cfr Mc 13,8).

Nuestra fe antes que ser un gran discurso intelectual sobre Dios, el hombre y el cosmos, es una gran invitación al amor, a la solidaridad con los pobres, a la espera atenta y activa de la realización definitiva del proyecto filantrópico de Dios, que es hacernos entrar, a todos, en su comunión eterna de amor. La evangelización más que una palabra dirigida al intelecto y a los intelectuales, debe ser una "buena noticia" dirigida a los pobres, a los que no cuentan a los ojos del mundo, a los ignorantes y a los cansados por el peso de las injusticias y los sufrimientos. Nuestra fe no es para permanecer encerrados en una biblioteca -aunque algunos debamos hacerlo como un servicio para el bien de todo el cuerpo-, sino un salir al encuentro de los gozos y las esperanzas, de las penas y las angustias de los hombres y mujeres, nuestros hermanos para alentarlos en este camino hacia la felicidad total.

Sólo anunciaremos correctamente nuestra fe, como una buena noticia de vida en abundancia para todos los hombres y mujeres que Dios ama con igual solicitud de Padre, cuando nuestra praxis sea coherente con aquel que es "el camino verdadero que conduce a la vida" (Jn 14,6).